

Tonalestate, 2015

Del súper hombre a Superman

Francisco Prieto

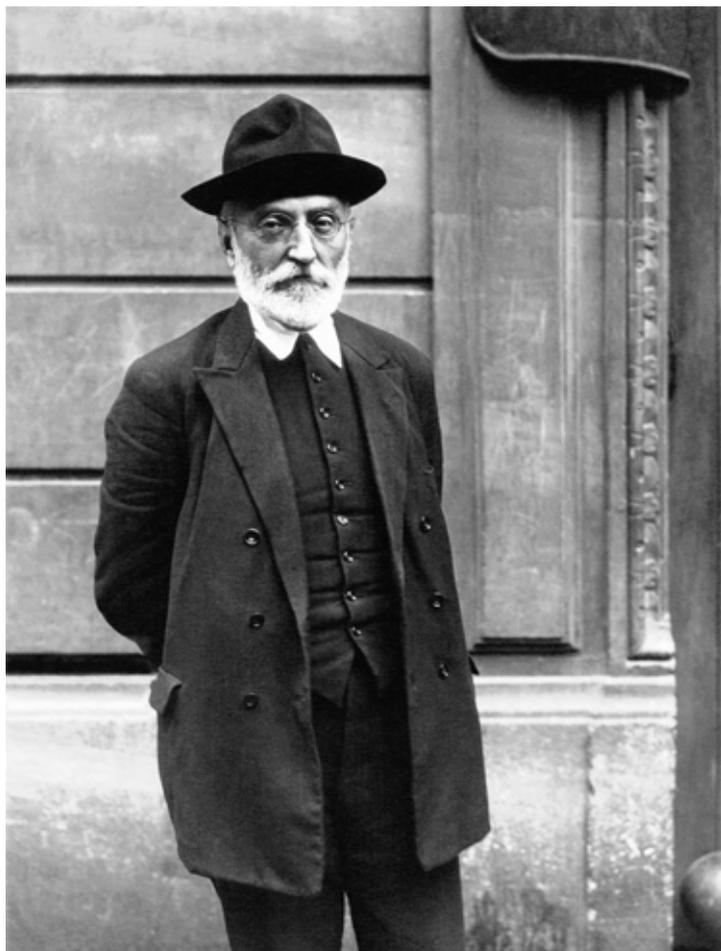
El ser humano es un compuesto de razón y sentimiento, pero la modernidad ha llevado a la radical racionalización de la existencia. La represión de las inclinaciones humanas de la sensibilidad, hasta el punto de poner en duda de que sean naturales, es el mal que sucede al hombre cuando asume que todo está, en principio, permitido si su inteligencia le basta para contravenir las leyes y los poderes.

Dice el libro del *Génesis*: “Y Dios le impuso al hombre este mandamiento: ‘De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás porque el día que comieres de él, morirás sin remedio’”.

Esta ordenanza, contextualizada, se resuelve en que la soberbia lleva a la criatura a rebelarse contra la condición de criatura, a negar a Dios, a proclamarse a sí misma divina. Una pluralidad de dioses anuncia la guerra y suprime el espíritu de caridad. El soberbio no ama y, encerrado en sí, se rinde adoración. Soberbios fueron don Juan y Fausto. Ambos desarraigados de toda nostridad. El uno es el fornicador que usa al prójimo para someterlo, para que le adore; el otro busca despojar al mundo de misterio y procura, así, convertirse en señor del universo.

Todo el Olimpo de Grecia y de Roma, los emperadores chinos, japoneses, egipcios, mexicas, incas, contra toda evidencia, ciegos de tanta abundancia y por haber sido glorificados, proclamaron su divinidad. Sólo en India aparecería el antídoto: negarse a sí mismo, apagarse, construir el quietismo, parasitar otras vidas, ser menos que nada.

Es interesante hacer un paréntesis y reparar que si para la Iglesia católica el pecado mortal se identifica con la soberbia, a lo largo de la historia ha condenado, con la misma energía, el quietismo. Y pienso, específicamente, en un aragonés piadoso, Miguel de Molinos, como la figura emblemática de tal condenación. El quietista niega, desde la raíz, al ser humano como una criatura que irradiara luz, capaz de transfigurar al universo desde los Trascendentales del ser.



Miguel de Unamuno



Friedrich Nietzsche

En Occidente, el Führer, el Duce —hasta el general Franco con todo y su mentalidad ultrapragmática, estampó su rostro en las monedas y los timbres fiscales proclamándose caudillo por la gracia de Dios—, el papá Stalin, Fidel Castro con aquello de que la revolución es inmortal, Pol Pot, Chávez que se vuelve pajarito y como un espíritu santo tropical le sopla mensajes al caudillo Maduro... Cómo olvidar la sacralización de Eva Perón en el edificio del senado argentino, del sarcófago en el que fue, ya embalsamada, conducida al camposanto.

Sin embargo, si bien no pocas gentes del pueblo llano eran atrapadas en la ola de la adoración, la mayoría de las personas del común conservaban el buen sentido aparte de no pensar ni por asomo que lo merecían todo, que su destino podía ser el que se atribuía a los poderosos. Las cosas, empero, han cambiado. En la medida en que la idea y la vivencia de Dios abandona a los seres humanos, más y más se entregan a ilusiones vanas: vencer el envejecimiento, imaginar que el hombre ha conquistado otros planetas en los que se podrá hacer la América, que nuevos medicamentos derrotarán al cáncer, a la cirrosis, a la hepatitis B, que corazones artificiales reemplazarán a uno demasiado usado... Los intelectuales, por su parte, proclaman que pronto terminará la historia y quedaremos instalados en un presente sempiterno. Así los hombres y las mujeres conoceríamos una re-

novación genética y dejaríamos de odiar, de asesinar: habríamos alcanzado la paz perpetua.

Uno no puede dejar de exclamar: Qué inocencia.

Sucede que vivir en el presente perenne es propio de la vida animal. En el humano equivale a negar la libertad, el proceso de autodeterminaciones sucesivas, vivir como si cada quien fuera el primer hombre y la primera mujer. Vivir, entonces, sin pasado y sin porvenir. Claro que alguien tiene que dirigir el tinglado, los que acapararían la plusvalía, los que dispondrían de los avances médicos para retardar o suprimir, si llegare el caso, el envejecimiento, de una alimentación variada, de una educación esmeradísima que les llevara a encontrar una y mil satisfacciones más o menos renovables en la contemplación y el gozo de las diversas artes, el erotismo y aun la meditación para domesticar el yo y en la ataraxia renovar energías. Desde las cúpulas se vigilaría que los seres humanos no se reprodujesen sino lo estrictamente necesario: no deben contribuir a agotar el agua ni las reservas de animales para la nutrición destinadas a la satisfacción de las élites. Ahora serían profilácticamente liquidados. Para la reproducción de los poderosos, estaría hecho el cálculo de hijos por pareja y sirvientes que amamantarán, educasen física e intelectualmente, estos últimos prisioneros en sus mansiones para que el saber no se pudiera expandir. Y así hasta vencer a la muerte, cuando ya no sería necesaria la reproducción: seres, en



Luis Buñuel

efecto, a perpetuidad. Recuerden la humorada que pone Gracián en *El Criticón*: “Ay vida, no debías empezar, pero ya que empezaste, no debías terminar”. Yuval Harari, científico israelí, dice a José Gordon, escritor mexicano: “estamos en el umbral de otro gran cambio relacionado con la posibilidad de diseñar la vida misma, intervenir en ella de maneras consideradas impensables hace tan sólo unos años”.

Impedidas de hacer la guerra, porque supondría el fin del paraíso, las inteligencias mismas empezarían a entrar en un periodo de esclerosis avanzada. Tal vez en un momento dado se anunciaría una amenaza en un planeta que había resuelto un siglo atrás el problema del agotamiento de recursos naturales y del exceso de población en la Tierra. La guerra daría estímulos para seguir viviendo porque se empezaba ya a estar harto de la existencia y en la añoranza de algo que estaba olvidado: la muerte, de ser posible, sin pasar por la enfermedad. Los hombres, imagino, se darían cuenta, de repente, a pesar de lo soñado después de una cena de gourmet acompañada de un vino insuperable, luego, acaso, de haber hecho el amor a plenitud, de haberse engañado al pensar que la existencia no debía terminar. Se lanzarían, entonces, a la guerra en fervor de santidad. Cobrarían conciencia de no poder ni saber vivir en paz. Algunos, ciertamente muy pocos, es posible que mirasen hacia los extraños reductos, aún llamados por unos pocos mo-

nasterios, donde unos seres extraños vivían, al parecer, felizmente en el presente, sujetos todavía a la enfermedad, a la muerte, y observarían, acaso, que en el momento final cantaban dichosamente porque la eternidad que parasitaban se haría, muy pronto, realidad. Esos seres que comían de lo que sembraban, bebían de un vino que ellos mismos hacían, habían ejercido una atracción misteriosa sobre unas pocas criaturas que terminaron por unírseles y mantuvieron vivos los conventos. Como nadie los envidiaba, eran el testimonio vivo de otros tiempos.

Dejemos en *suspense* el desenlace de ese escenario inventado. Seamos realistas y pongámonos en el aquí y el ahora. Los seres humanos han venido desterrando a Dios de sus vidas. También y desde antes, olvidaron al Diablo y, sin embargo, el mal persistía y buscaban, cada quien desde su campo de trabajo, una explicación. El asunto es terrible para la mayoría de los hombres, aquellos que son mayoría y no pertenecen a los *happy few*: sentirse y saberse soberano y comprobar que su vida no interesa, ni siquiera a quienes viven cerca, saberse, por tanto, perfectamente prescindible. Todo en torno suyo anuncia la vida para unos pocos. Es el reino de las existencias indiferenciadas como en el mundo animal. Así como los seres humanos juegan hoy a la bolsa porque se aburren, y rinden tributo a la fecundidad del dinero y a la extensión de dominio —también porque se aburren—, en la sociedad considerada perfecta, trasladada desde la Tierra a Marte y a alguna luna de Júpiter, tornarían a la guerra para sacudirse la modorra. En fin, tanto inventar para retornar a algo peor que lo que se había dejado atrás.

Luis Buñuel hace decir a un personaje un tanto fantasmal de su película *La Vía Láctea*: “El miedo a la ciencia y el horror de la tecnología harán por hacerme aceptar la idea absurda de Dios”. En rigor, el ser humano es un ser que se finca y se mide en y desde la perspectiva. En lenguaje simple: cuando no había inodoros nadie los podía extrañar ni los necesitaba, no estaban en la perspectiva humana. Su invención los volvió una necesidad y no tenerlos es algo impensable. A medida en que la tecnología hace la vida más agradable y el trabajo más productivo y eficiente va, progresivamente, dando lugar a la divinidad del progreso, del confort, de placeres diversos y entonces la muerte se vuelve algo que es necesario olvidar, una afrenta hecha al hombre. Y cuando los hombres, empoderados, decretan la muerte de Dios ya ni siquiera hay afrenta ni rebelión, sino la necesidad de terminar con la muerte misma. Y una vez vencida la muerte, quién sabe cuánto tiempo después, algunos seres excepcionales concienciarían la tristeza sin fondo de la orfandad. No tener contra quién rebelarse, no tener a quién dar gracias, prisionero de un sí mismo que ha agotado todas las posibilidades de dar color a la vida, que quedó erradicado de eso que los hombres y muje-

res de hoy en día llamamos todavía amor, porque amar es un deslumbramiento ante la belleza de un ser que invita a la total entrega, un sentimiento que aparece cuando el otro nos descubre nuestros límites que son, precisamente, los que nos han ligado a él, algo imposible de construirse si no es desde la oscura raíz del grito, o sea, desde la contingencia, las renunciaciones, el dolor... Con un profundo agradecimiento los amantes, curados de la soledad particular al haber creado una soledad compartida, reproducen la vida y van dando forma a una existencia en su camino hacia la muerte. Será necesario que cada cual ponga las bases para desarrollar su auténtico quehacer, el de cada quien como persona, el de esa otra persona que es, en esencia, un matrimonio.

En resumen: si no hay qué agradecer, si no hay contra quién protestar, a quién maldecir o a quién encomendarse, si no hubiere, por otra parte, un fin que mueva a la acción y al moldeamiento del ser en función de una axiología determinada, estamos ante el final de la humanidad. Y, tal vez, sea el inicio de ese camino el que, sin darnos cuenta, hemos comenzado a diseñar. Finalmente, si algo sería imprescindible a las minorías multinacionales de ese hipotético pero no imposible futuro sería la generación de esclavos.

Los robots o los *cyborgs*, los engendros que se anuncian, o sea, una especie de mestizaje de ser humano y máquina, no parece que puedan llegar a tener conciencia de culpa, aunque sí de errores. Los errores significarían alejamiento de los fines para los que fueron creados y programados. Lo que humaniza a los hombres y a las mujeres, aun a los niños, es el sentido de culpa. Desde la culpa se da el impulso a la Trascendencia. Una de las características comunes a los animales es la carencia de sentido de culpa. El animal porque no es libre es, en esencia, inocente. Si observamos con atención el comportamiento humano en lo que va de este siglo XXI, podemos reparar en que el hedonismo y el relativismo moral preponderantes van de la mano con el ocultamiento sistemático de la muerte, el sinsentido del sacrificio, la ligereza en las producciones literarias y cinematográficas, prácticas religiosas fincadas en el objetivo de evitar el dolor, de desconsciarse en la negación del yo. Veamos todo esto desde la raíz:

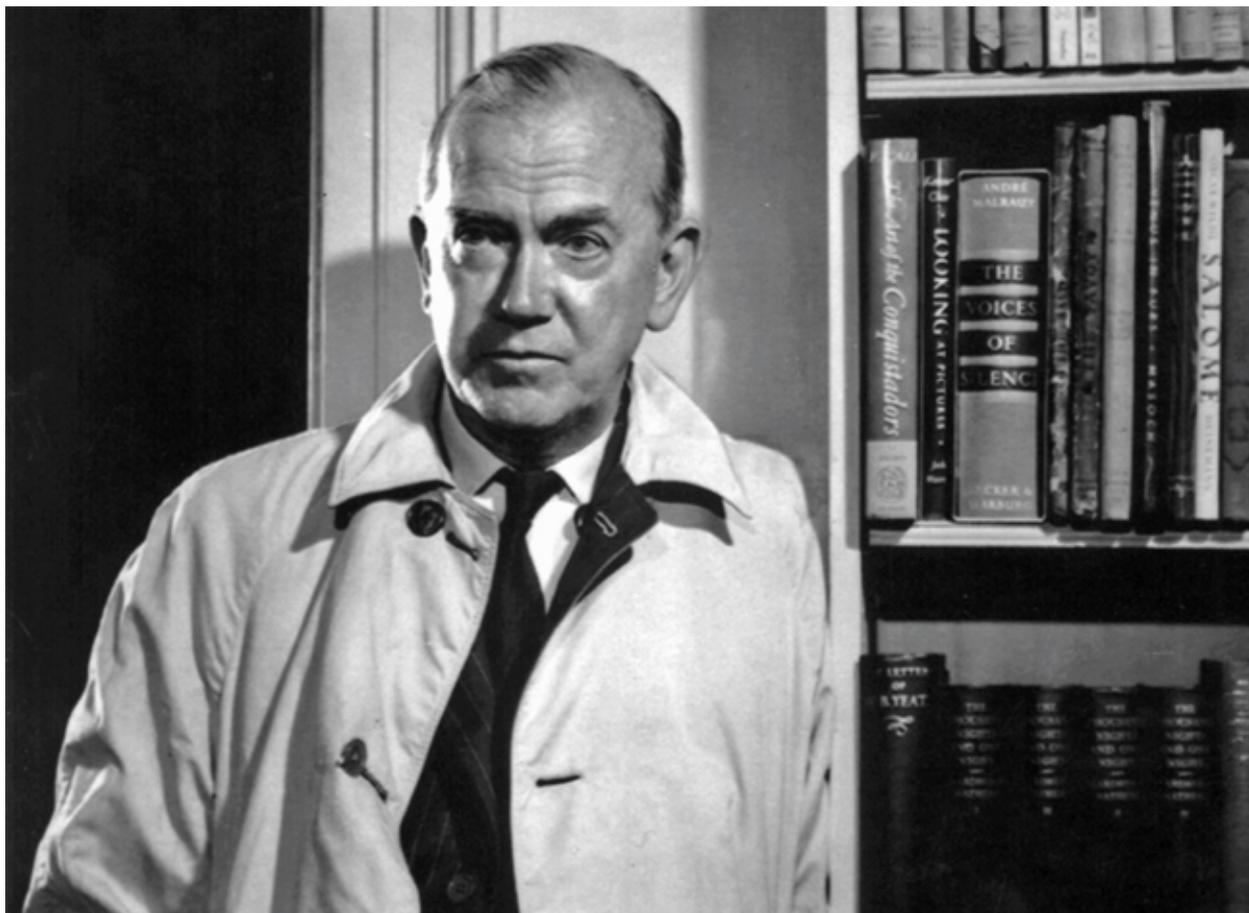
La cuestión de fondo es la radical racionalización de la existencia. He aquí algo contra natura habida cuenta de que el ser humano es un compuesto de razón y sentimiento. La pura racionalidad y el asesinato de las inclinaciones naturales hasta el punto de poner en duda de que lo sean es, a juicio mío, el mal que sucede al hombre cuando asume que todo está, en principio, permitido si es lo bastante listo como para burlar los poderes establecidos. Sobra decir que ni cree en su legitimidad ni los respeta porque para que esto fuera posible se requeriría partir de una idea de bien y de mal. Cuando rige

la pura racionalidad se duda de todo; el ser humano va, progresivamente, despojándose de toda forma de autocontrol en función de valores superiores. Lo que por siglos era espontáneo ha dejado, de pronto, de serlo: tener hijos; velar por los padres; considerar la vida humana en el ámbito de lo sagrado y, por lo mismo, no considerar el aborto una posibilidad deseable ni el suicidio y la eutanasia como alternativas ante situaciones de vulnerabilidad; sacrificarse por el bien de nuestros próximos, algo que, por cierto, exige una buena convivencia, de ahí que se atente contra ella evitándola en la medida de lo posible en una especie de combate a la cotidianidad (el súper héroe no tiene vida cotidiana).

Así, cada vez más los hombres y las mujeres del común se asumen como espectadores; son, en esencia, espectadores de la vida que han desertado de esta, y ello ante la imposibilidad de ocupar un rol de preponderancia en sociedad. La sociedad del espectáculo lo permite a precios accesibles: deportes en los estadios y a través de la televisión y de Internet, películas a placer, conciertos de todo tipo y por todas las vías, hasta en el auto, sexo virtual, ejercicio en casa y con accesorios para mantenerse en forma, todo, en fin, invita a la alienación, a vivir fue-



José Ortega y Gasset



Graham Greene

ra de sí hasta perder la posibilidad misma de poseer un yo diferenciado. Más y más los hombres y las mujeres, como los animales y los niños, dependen de estímulos exteriores porque han matado los que surgen del interior; con la desaparición paulatina del medio rural y semirural se fue desvaneciendo lo que permanecía de vínculos comunitarios y de conservación de valores de solidaridad: conciencia de origen y de destino. He ahí lo que sólo alimentaría la religión, reforzada por las tradiciones regionales y nacionales que se alimentaban, complementaban, se reformaban por la convivencia establecida que defendía al ser humano del sentimiento del vacío.

Nada que ver, por otra parte, estos hombres de hoy con la muerte de Dios y el súper hombre de Nietzsche. Aquí campea la voluntad de poder, una lucha despiadada consigo mismo, una penetración en el mundo circundante, un nihilismo aliado con una extraña luminosidad que es un llamado a la acción para destruir toda vulgaridad; en todo caso, un sacudimiento de las conciencias cansadas ajeno a toda esperanza, de ahí el trasfondo nihilista. Nietzsche vivió antes que Barrès, D'Annunzio, Spengler, Unamuno y Buñuel, todos, sin embargo, compartiendo una sensibilidad herida, un desencanto que era necesario remontar. Nietzsche fue el contestatario absoluto, de ahí ese llamado al súper hombre y de ahí que no pueda establecerse relación alguna con los conformistas de hoy, para quienes la construcción del sú-

per hombre es ajena, no tiene consistencia ni visos de realidad, simplemente sueñan y desplazan a la fantasía inverosímil de Superman su indecente sentirse bien cuando el análisis más somero les haría enfrentar una situación penosa: ni siquiera se sienten bien. Porque sólo puede sentirse bien el que ama y sabe que es amado por lo que es, sin maquillajes; el que, en un determinado momento en su madurez, se percata de haber luchado en busca de una verdad que pueda ser tal para todos los hombres porque metido en sí mismo se le reveló un día lo que a todos los seres humanos de buena voluntad: que hay bien y mal, que la belleza refiere a la plenitud del ser y que si se puede vivenciar la plenitud del ser es porque hay una verdad que nos es connatural y que da testimonio de una pertenencia, y esa verdad, en medio del caos que parasitamos, introduce entre nosotros la esperanza porque nos liga, racional y afectivamente, a todos los demás mujeres y hombres.

Un somero análisis de la historia de las civilizaciones nos muestra tanto que hay siempre diez justos, por lo menos, en cada sociedad —en el relato bíblico de Sodoma y Gomorra, la familia de Lot al menos—, pero también que ninguna se libra de ese invierno de la cultura que ahoga a cientos o miles de justos. Nunca, sin embargo, se había llegado a tal grado de autosuficiencia en el hombre medio, a tal indiferencia ante la existencia del mal, a esta pérdida progresiva del espíritu de caridad que cedió el lugar a la filantropía organizada.

Nunca tampoco existieron las élites de poder organizadas y entrelazadas impidiendo cualquier movilización popular, ahogándola a corto o mediano plazo, de lo que el movimiento del poeta Javier Sicilia en pro de la paz con justicia y dignidad ha sido un buen y doloroso ejemplo. Nunca antes las casas editoriales se habían de tal manera despojado de editores de calidad ni el pensamiento organizado en sistemas de pensamiento había cedido el paso al imperio del mercado en lo que toca a los periódicos y la radio y televisión pero, lo que es aun más peligroso, tampoco las universidades habían desertado de las humanidades como elemento motor y nuclear en todas las facultades. En “Misión de la Universidad”, conferencia pronunciada allá por los años treinta del siglo pasado, Ortega y Gasset decía que las universidades tenían, en primer lugar, un deber para con la cultura, en segundo debían ocuparse de las profesiones y que sólo hasta el final quedaría la investigación. Investigar en los terrenos de la ciencia sin una sólida cultura es un peligro letal. Estar expuestos todos a las redes sociales sin una fuerte estructura de ideas y de creencias es ser objetos de manipulación *in extremis*. No veo, tampoco, ningún otro movimiento en la historia que busque liquidar la idea misma de familia, su existencia viable, y la familia, no se olvide, es la que garantiza la protección de la vida privada. Comprobamos, por lo contrario, el crecimiento en progresión geométrica de mujeres y hombre solos, lo que en el llamado primer mundo y muy especialmente en Europa ha alcanzado una dimensión alarmante. “No es bueno que el hombre esté solo”, dicen que dijo Dios, y es que sólo la convivencia solidaria encamina a la fraternidad y hace ver que, como escribió Gide en su diario, “elegir es renunciar”.

¿Adónde llevará todo esto?

Pues bien, no detecto, tampoco, a lo largo de la historia de la humanidad una arremetida concertada contra Dios, movimientos organizados en pro del ateísmo. Dios, y específicamente el Dios personal y único, se ha vuelto el Enemigo. Vale recordar que cada vez más y más, el Dios negado es ese Dios personal y único de las religiones monoteístas. Y entre los judíos, los cristianos y los musulmanes aumentan los que se han desplazado hacia posiciones de fondo panteísta.

Desde luego, esta exposición no tiene visos reaccionarios. La reacción es en el mediano y largo plazo inoperante además de peligrosa —recordemos los fascismos.

Me remito, como una vía para experimentar que no tenemos por qué perder la esperanza, a un cuento de sabiduría honda y entrañable de Graham Greene, “The Last Word”.

El último Papa ya ni siquiera sabe qué es ser Papa. Es prisionero de un gobierno dictatorial de alcance mundial. Pero es también un hombre al que un accidente borró la memoria. El general al que se ha encomenda-

do la orden de ejecución y que conoce la historia considera que vale más, en efecto, matarlo. Él permanece atado a un libro, al libro sagrado. Presiente que lo van a ultimar y busca el consuelo en el libro, lo único a lo que permanece vinculado. Lo abre como para ganar fuerza y sucede que la página que aparece ante sus ojos es, precisamente, la que leía una y otra vez a lo largo de su vida consagrada. Lee: “Estaba en el mundo y el mundo fue hecho por Él pero el mundo no lo conoció”. Nadie sabía ya quién era el Papa, qué era un Papa.

—¿Quiere matarme, verdad?

—Sí.

El viejo sintió un alivio, para nada miedo. Dijo al militar: “Usted me mandará adonde he querido ir en los últimos veinte años”.

—¿A las tinieblas?

—Oh, las tinieblas que yo concebía no eran la muerte. Eran una ausencia de luz. Usted, sin embargo, me mandará a la luz. Le estoy agradecido.

El militar le ofrece de comer y de beber pero el viejo sólo le acepta una copa de vino.

Cuando el anciano Papa tuvo la copa entre sus manos, en una lengua que el militar no entendía, susurró: “Corpus dómmini nostri...”.

Y concluye el narrador el relato así:

“Cuando su último enemigo bebió el cáliz, disparó. Entre la presión sobre el gatillo y la explosión una extraña y escalofriante duda cruzó su mente: ¿es posible que aquello en lo que ese hombre creyó sea verdad?”.

El primer cristiano de tiempos nuevos nacerá cuando haya asesinado al último cristiano.

El cuento de Graham Greene recrea la saga cristiana. La amistad y el amor que la sustenta, la mirada que ilumina el ser del otro, la alegría y el espíritu de fraternidad son los pilares de la gran revelación cristiana. Jesús no nos legó un pensamiento político ni siquiera una filosofía. Dio un testimonio de vida: morir perdonando y confirmando la promesa del Reino de Dios a quienes lo aceptasen como Padre. Hermanos en una misma naturaleza, no hay extranjeros en el Reino porque esa naturaleza que nos une se manifiesta en el interior de cada quien y no importa dónde. Negar esa igualdad fundamental es el pecado contra el Espíritu, o sea, lo que Dios no perdona.

Sonreír amorosamente en medio de la adversidad es entrar por la puerta estrecha pero sólo al asumir la puerta estrecha se iluminan las tinieblas y la soberbia es aplastada, la soberbia que se traduce en la negación del otro, en creer que tenemos el derecho a todo, que somos autosuficientes y que podemos prescindir de los demás. Y sólo ese impulso fraterno puede devolver la vida a los humillados y ofendidos que se multiplican hoy a lo ancho y largo del mundo. Después de todo abatir la soberbia desde la amistad es haber construido el Reino en nosotros. **U**